



CC by Archivo Trashumante

ENTREVISTA CON ROBERTO "TATO" IGLESIAS

Territorios en disputa: miradas trashumantes para debates necesarios

*Por Javier Sueldo**

Roberto "Tato" Iglesias es sociólogo, profesor titular por concurso de la Universidad Nacional de San Luis (República Argentina), actualmente jubilado. Desempeñó diferentes cargos docentes en el nivel medio, en el grado y pos grado universitario, exceptuando el período de la última dictadura militar, en que fue cesanteado.

Apasionado y humilde buscador de la "coherencia entre el gesto y la palabra", compañero de ruta de Paulo Freire, abrazó a la educación popular como el prisma desde el cual observar y actuar en nuestra realidad. Participó de un sinnúmero de conferencias y talleres acerca de la problemática de la Educación Popular en Argentina y en América Latina, invitado por Universidades y otras entidades públicas, gubernamentales y no gubernamentales. Es autor y coautor de decenas de productos científicos y de divulgación. Fue uno de los mentores de la "Universidad Trashumante", espacio de reflexión, formación y acción que desde hace ya más de 20 años viene promoviendo y desarrollando procesos de educación popular en nuestro país, en la búsqueda de lo que sus integrantes denominan "el otro país".

Promediando el mes de julio del convulsionado y alarmante año de 2018, el frío se hace sentir crudamente en las sierras chicas cordobesas, donde Roberto "Tato" Iglesias se dispone a la entrevista, con su característica calma.

La idea de esta conversación es compartir algunas reflexiones en relación al concepto de territorio, que últimamente viene recuperando importancia tanto para las ciencias sociales en general –en particular el trabajo social– como para el activismo político. Inicialmente, ¿identificas cambios en el tiempo en la concepción de territorio?

El territorio siempre fue una atracción fatal para los movimientos populares, y un campo de disputa ideológica, política y metodológica. En la década del '70, la discusión se daba en torno al marxismo o militancia teórica, podríamos decir. El marxismo se hizo presente en América Latina, influyó en los teóricos del tercer mundo y en las ideas de corte religioso. La consigna era ir a vivir al territorio, lo cual resultó problemático y la mayoría de las veces un fracaso, por la imposibilidad real de desclasarse. Luego el marxismo perdió peso específico y la discusión comenzó a girar en torno a qué hacer para que los sectores medios, con su pretensión rebelde y transformadora, “entraran” al territorio. Se plantearon entonces –y aún persisten– dos tendencias: por un lado, “bajar línea” para lograr que los sectores populares asuman lo que nosotros pensamos y hacemos; por otro, emprender procesos de concienciación y educación popular. Creo que la primera perspectiva está ligada a la urgencia de ciertos momentos políticos, y es lo que continúa hasta la actualidad.

¿Lo que decís es válido para Argentina?

Creo que en Argentina el peronismo tuvo siempre una gran tentación con las concepciones de territorio. De hecho, Perón utilizó la palabra pueblo con un sentido muy profundo y le otorgó una significación que en cierto sentido fue abandonada. Además, en nuestro país el poder se encargó que “los de abajo” pensaran cada vez menos, o lo menos posible. De modo que creo que hubo mucha fantasía con la idea de pueblo y con la de territorio.

En los últimos años se advierte un crecimiento del interés por el territorio desde los espacios académicos tanto en la formación de grado y posgrado, como en la intervención. Y en el campo de la formación, pensando en jóvenes estudiantes que se acercan a los territorios para desarrollar sus prácticas de formación, ¿qué aspectos deberían tener en cuenta?

Creo que en Argentina –y en toda América Latina– la universidad está en decadencia. Antes lo atribuíamos –y con razón– a la dictadura. Mató a los teóricos y mató la ciencia. Asesinó a una enorme cantidad de

pensadores. No hubo total recuperación porque ello es imposible. Lo que había era vida, vida de militancia, vida del pensante, vida del poeta, de escritores pensando en Rodolfo Walsh por ejemplo. De ahí que sostengo que cualquier tipo de democracia es siempre superior a la más “eficiente” dictadura, a la dictadura con más bonanza. Pero la democracia como organización política que representa los intereses de la mayoría, ha fracasado en todas partes. Las estructuras y la lógica de los partidos políticos, lo partidario, termina destruyendo saberes y conocimientos. Lo cual se expresa claramente en los territorios y en el modo en que vive la gente.

¿Cuáles serían algunas opciones para abordar ese problema?

Creo que hay que impulsar una enorme y profunda transformación, primero en nosotros mismos. Hoy, son minoría quienes tienen el impulso y el deseo de ir al territorio, exceptuando a los jóvenes que militan en partidos políticos y organizaciones sociales. Actualmente el estudiante universitario no tiene como horizonte trabajar en el territorio. En tiempos del retorno de la democracia, los distintos profesionales de las ciencias sociales teníamos una práctica intensa ligada al territorio. Y así fue como nacieron y se desarrollaron casi todas las ONGs reconocidas de Córdoba y Argentina. Nacen al calor del retorno de la democracia. Los jóvenes estudiantes de ese momento tenían el impulso y el deseo de ir al territorio; hoy no ocurre lo mismo. Por otra parte, desde la Universidad Trashumante comenzamos a trabajar en los barrios periféricos de San Luis, con resultados que nos superaron, se logró una organización popular autónoma en los barrios, trabajando con las ideas rectoras de Freire. ¿Por qué señalar esto? Porque con la recuperación de la democracia, los partidos políticos no habían montado una estructura en los barrios, en los territorios. En realidad, la lógica partidaria de esta democracia impune y sin justicia que estamos viviendo, hace que los partidos entren al territorio sólo a disputar votos. No disputan conciencia, no disputan liberación, no disputan rebeldía: sólo votos, lo cual luego genera lo que podemos llamar “facturas sociales”.

¿Qué rol juegan, o podrían jugar, las organizaciones y movimientos sociales en este proceso que mencionas?

Los movimientos sociales que van a los territorios producen hechos como por ejemplo la toma de tierras, lo cual está muy bien, pero en ocasiones detrás de los hechos hay una intencionalidad partidaria,

Es necesario tener claro que la construcción política de fondo implica despegarse de las estructuras de poder capitalistas.

porque los movimientos sociales, de alguna manera, se han partidizado, han perdido autonomía respecto de los partidos, de la iglesia o de los sindicatos.

¿Te preocupa la relación entre movimiento social, partido político y territorio?

Si, absolutamente. Mucha gente me critica por purista, pero si ser purista es ser ético... soy purista. ¿En qué sentido? Recuerdo que cuando comenzamos a ir a los barrios de San Luis -donde se había formado un grupo de jóvenes- los vecinos nos preguntaban a qué íbamos, y nosotros respondíamos diciendo a qué no íbamos, es decir, explicábamos que no éramos candidatos a nada; esta situación nos permitió ganar la confianza de la gente, porque demostramos que lo que íbamos a hacer, lo haríamos conjuntamente. Es necesario tener claro que la construcción política de fondo implica despegarse de las estructuras de poder capitalistas. Los mismos partidos de izquierda son parte del poder capitalista, y lo demuestran cuando su único interés es lograr que se distingan tres banderas rojas en una plaza y contar con un concejal, o un diputado, o un senador. Muy distinto a la trascendencia social y a la ética sostenida por los viejos socialistas como Alfredo Palacios. Es la vieja discusión del “adentro y del afuera”, se lucha por estar en la universidad, en el centro de estudiantes, y sin embargo no cambia nada, porque el “adentro” termina borrando el “afuera”.

¿Y el territorio podría ser entendido como un “adentro” más?

El capitalismo ha ido destruyendo al territorio, ese espacio donde no hay trabajo, no hay vivienda, hay hambre, droga, delincuencia. Frente a ello, la estrategia del capitalismo es la ayuda social, no como acto solidario y de amor hacia los pobres, sino como modo de contención de los conflictos, que daña la dignidad humana. Tomemos como ejemplo la “caja PAN”, durante el gobierno de Alfonsín, que generó una gran disputa en relación a su distribución. Luego, en el período menemista, se implantó el terror neoliberal, se fue destruyendo el tejido social, la ley de flexibilización laboral cambió completamente las reglas de juego. Frente a esto, es necesario ver cómo es nuestra ideología dentro nuestro y en nuestro corazón, y cómo en nuestra cabeza y en nuestro cuerpo; cómo ello se manifiesta en las prácticas, cómo se sostiene a pesar de los vientos adversos. No se trata de un sostenimiento empecinado, sino de poner en juego un plan de vida en relación a nuestros ideales y nuestras prácticas.

Considerando lo que acabás de decir, ¿cómo ves hoy la situación en los territorios?

Los otrora movimientos sociales revolucionarios y transformadores, hoy distribuyen planes sociales no solamente para la gente de los barrios populares sino para ellos mismos, que también cobran planes sociales, lo cual me parece grave.

Hoy ya los pibes han internalizado la flexibilización, saben que para conseguir trabajo tienen que arrodillarse, pedir perdón. Han sido invadidos por la gran revolución capitalista de la cultura. Los gobiernos siguieron al pie de la letra los planes del Banco Mundial. Fue trágico, porque sacó el conflicto de los territorios y llevó a la gente al gobierno. Recuerdo con dolor la experiencia de "Barrios de Pie", que contaba con una incipiente organización de educación popular, trabajaban con los mejores teóricos brasileros. Sin embargo, el gobierno logró cooptar a referentes, los ubicó en el Ministerio de Desarrollo Social, de modo que quienes generaban el conflicto en las bases, desde la educación popular, colaborando con la organización de la protesta contra el capitalismo, pasaron a ser funcionarios. Luego fue peor aún, porque fueron cooptados los propios movimientos sociales, a través de subsidios. De ahí que Macri, que teóricamente está en las antípodas del kirchnerismo, no sólo respetó los planes sociales sino que los consolidó y aumentó. No estoy negando la necesidad de los subsidios, pero sí afirmo que hay una gran confusión teórica. Por ejemplo, hace pocos días un dirigente de una organización de San Luis hizo un comunicado pidiendo ayuda solidaria para la cooperativa popular a la que pertenece. El comunicado decía: "Movimientos autónomos, horizontales y democráticos que trabajamos con fondos provenientes del gobierno nacional". Ahí radica la confusión teórica, conceptualizar de una manera pero hacer de otra. Y digo esto con respeto y con afecto, sin ánimo destructivo: los otrora movimientos sociales revolucionarios y transformadores, hoy distribuyen planes sociales no solamente para la gente de los barrios populares sino para ellos mismos, que también cobran planes sociales, lo cual me parece grave.

Estás afirmando, entonces, que los márgenes de autonomía disminuyen cuando las organizaciones, los movimientos sociales con base territorial avanzan en gestiones de recursos públicos...

Sí, porque estos movimientos se piensan a sí mismos como si no trabajaran para el gobierno de Macri, suponen que con ese dinero generarán transformaciones, y esta discusión está siempre presente. No es posible organizar y transformar con dinero proveniente de la corrupción y que tiene objetivos muy distintos de los que suponen los movimientos sociales, ya que se termina repartiendo sueldos magros y en negro. Sobran ejemplos de dádivas, de regalos diversos en días

previos a las elecciones, de la apertura de comedores que pasadas las elecciones dejan de funcionar. Vivo en San Luis, en un barrio popular, y veo a mis vecinos realizar tareas indignas a cambio de un subsidio que estadísticamente se cuenta como empleo, por lo cual el gobierno dice que en esta provincia no hay desocupación.

Antes mencionabas la idea de la ética y de la ideología, ¿pueden ahí surgir algunas de las pistas para que la ciencia pueda acercarse a los territorios y potenciar procesos emancipatorios?

La ciencia tiene que liberarse. Por ejemplo, si tomamos estudiantes de quinto año al azar, de cualquier carrera, veremos que son uniformes en su escritura, en sus aspiraciones. De ahí la pregunta: ¿formamos seres libres, independientes, creativos, o masificamos? También ocurre entre los profesores, que permanentemente citan a autores como si dudaran de su propio pensamiento. De manera que esa homogeneización me lleva a pensar que la universidad, en lugar de liberar, oprime. Nuestra labor es enseñar a pensar en libertad, a que los estudiantes nos discutan, a que los habitantes de los barrios nos discutan, esparciendo el diálogo, y sabiendo que el pensar libre no es el pensar cierto. Es importante que cada quien tenga la libertad de pensar, y que esa libertad se encuentre con otros pensadores libres de modo que puedan organizar conjuntamente una visión de la realidad, desde la realidad misma y no sólo desde los libros.

¿Cómo avanzar entonces en este diálogo entre los saberes populares y los saberes académicos o científicos? ¿Es posible en el marco de prácticas territoriales?

Claro que sí, pero depende de la práctica. Si vamos a un territorio a “bajar línea”, a decirle a la gente lo que tiene que hacer, el diálogo desaparece. Si condicionamos sus decisiones y sus acciones a ciertos supuestos beneficios –por ejemplo la distribución de recursos- se restringe la libertad.

Muchas/os pensamos que en esos diálogos entre los saberes, el territorio es central también por la idea de que ahí se visibilice el conflicto...

Creo que desde la época de Cavallo no hubo ningún gobierno que generara tanta miseria y tanta pobreza en las clases empobrecidas bajas y clases medias como el actual, y sin embargo el conflicto no se manifiesta de manera contundente. Y ello es así porque precisamente

Debemos tratar de que la gente libere sus ideas, sus pensamientos, que sepan quiénes son, qué les pasa, y a partir de ahí es posible que se produzca una organización social transformadora y liberadora.

los subsidios operan como contención, y los movimientos sociales están colaborando con ello. Conozco situaciones en las que los movimientos sociales han puesto a su gente a trabajar políticamente desde el punto de vista partidario, a distribuir votos, por ejemplo, lo cual me parece muy negativo, porque destruye la posibilidad de las revoluciones desde abajo. Soy consciente de que mi posición es minoritaria, pero no me preocupa, porque nosotros estamos haciendo lo que pensamos que se tiene que hacer, sin traicionar a nadie. Es un tema para discutir, sin dudas. Por otro lado, es importante ser cuidadosos con las diferencias. Por ejemplo el feminismo en los sectores de clase media no tiene nada que ver con el feminismo de los sectores populares, porque su realidad es totalmente distinta, de modo que no debería intentarse imposición alguna a los sectores populares desde posiciones de clase, porque están oprimidos y tienen otra lógica. De modo que es necesario acercarse al territorio para abrir cabezas y no cerrarlas, y ello no significa que deban pensar como nosotros, por el contrario, debemos tratar de que la gente libere sus ideas, sus pensamientos, que sepan quiénes son, qué les pasa, y a partir de ahí es posible que se produzca una organización social transformadora y liberadora. El progresismo parece no comprender este aspecto.

¿Cómo entiendes a lo que denominas progresismo? ¿No existen acaso márgenes para la transformación en los territorios desde aquellas perspectivas?

Pienso al progresismo como la extrema izquierda del conservadurismo. Recordemos que el lema liberal por excelencia es “orden y progreso”. Progresar es innovar. La innovación también es la extrema izquierda de la conservación, ya que se innova dentro de los límites de lo dado. En cambio, revolucionar es cambiar lo dado, y decirle a la gente que estas ideas no están de moda es traicionar la historia de las revoluciones, la historia de los luchadores sociales de toda la vida. Este problema se ve claramente en los territorios.

No podemos hoy preguntarle a Marx por las becas sociales, o pedirle a Jesucristo que hable del aborto, porque se trata de pensadores que hicieron un fondo de ideas propio para su época y contexto. El problema no es Marx, no es Jesucristo, no es Freud, sino los marxistas, los católicos, los freudianos, que muchas veces estigmatizan las ideas originales y siguen analizando la realidad desde las ideas que ellos mismos no pudieron viabilizar.

¿Y qué falla, en el proceso de traducción teórica, de adecuación a los

Es necesario desarrollar un pensamiento latinoamericano, las teorías a construir tienen que ser teorías populares que nazcan de la relación concreta y material de los intelectuales con los sectores populares.

tiempos vigentes?

Precisamente falta el proceso de adaptación. Paulo Freire lo decía: “no quiero que la gente piense como yo, quiero, si aceptan mi marco teórico, que desarrollen nuevos marcos teóricos a partir de este paradigma”. De lo que se trata es de anunciar nuevas ideas desde la luz que se encendió en aquel momento. Lo cual es muy importante para el trabajo territorial. Es necesario desarrollar un pensamiento latinoamericano, las teorías a construir tienen que ser teorías populares que nazcan de la relación concreta y material de los intelectuales con los sectores populares, de lo contrario...es imposible.

¿Qué ideas o nociones del tipo teórico, epistemológico, o incluso práctico te parecen potentes para acercarse a un territorio? ¿Qué debería tenerse en cuenta como herramientas?

En primer lugar, es necesario discutir qué se entiende por territorios, por ideologías, por metodologías, por políticas. En segundo lugar, es necesario modificar la lógica de formación. Formarse no es capacitarse, la palabra capacitación fue introducida por el menemismo para hablar de educación, y es un término más afín al campo de la industria que al de la educación. En cambio, formarse es aprender a ver la realidad, aprender a pensar cuáles son las causas de esa realidad, aprender a pensar cómo transformarla. Y en este contexto, las chances que tiene la gente de poder formarse son muy pocas si no hay quien se acerque y se disponga a abrir y acompañar estos procesos.

O sea que en los territorios, las prácticas pueden ser emancipadoras pero también pueden obstruir las conciencias...

Totalmente. La propia universidad se transformó en una estructura empresarial, los títulos se venden, los cursos se venden, los certificados cotizan. La universidad ha sido ganada por la lógica comercial, y sin dudas ello incide al momento en que los estudiantes van al territorio. Desde luego, estoy generalizando, hay profesores muy críticos de su práctica, de sus propios supuestos, lo cual es valorable. El estudiante aprende sobre todo a través de lo que el profesor le ofrece como vivencia, no sólo como conocimiento, y además, la vivencia es un tipo de conocimiento. Los estudiantes, como los niños, aprenden lo que viven.

En este sentido las prácticas territoriales tienen mucho de la experiencia, ahí hay un potente espacio de formación en el “hacer en los territorios”

Pero pareciera que tenemos miedo al territorio. En un libro de cuentos de mi autoría, “Cuentos de Democracia”, hay uno que se llama “La alta casa de estudios”, en el cual planteo que la casa es tan pero tan alta que quienes están adentro no pueden salir y quienes están afuera no pueden entrar. Hoy ocurre que muchos estudiantes quieren recibirse de cualquier manera, porque tienen la presión de los padres empobrecidos que no soportan más de cuatro o cinco años de contenerle. Por otra parte, los pibes son renuentes a la lectura. De modo que la universidad se va deteriorando al ritmo del deterioro del país. Entonces creo que estamos en una de las peores crisis terminales de nuestra historia, porque el deterioro está llegando a lo personal, hay un gran desaliento en la gente, una gran desesperanza, una gran impotencia de la acción, y lo digo sin fatalismo pero con realismo. Ahora, se trata de definir dónde ponemos nuestras esperanzas y nuestro trabajo. Porque el deterioro no es sólo económico, es también espiritual.

¿Qué prácticas concretas puedes recuperar como valiosas en los territorios, en un horizonte de emancipación, donde uno pueda decir “aquí la esperanza sigue de pie”?

Hay organizaciones que respeto mucho como por ejemplo “La garganta poderosa”, a pesar de que ahora están inmersos en las tensiones derivadas de manejar subsidios y planes para sus integrantes. Sus trabajos barriales son muy interesantes. En una entrevista que me hicieron, tuve oportunidad de constatar el trabajo de formación de educación popular y de organización popular. Hay un conjunto de personas de distintos barrios populares que pasaron por “la escuelita” de la Universidad Trashumante, que han desarrollado libertad de pensamiento y que hoy están “enseñando” en distintos territorios. En la actualidad hay una profunda discusión de ideas, que es necesaria, es preciso discutir la historia y el futuro desde las ideas. Y hay muchos intentos en esta línea, de organizaciones que quizá ni siquiera tienen nombre pero que resisten al capitalismo. Un ejemplo sencillo es la lucha contra los transgénicos a partir del intercambio de semillas que la misma gente produce. Ellos piensan sus territorios.

¿Qué sería pensar el territorio?

Pensar el territorio es dilucidar a las personas con quienes trabajamos, en todos sus aspectos. Es necesario siempre tener en claro cuál es la lógica de pensamiento y de acción del otro, para poder dilucidar lo que

tienen de rebeldía. Lo cual no tiene relación con viejas categorizaciones que dividían a los barrios según la clase social –burgueses y proletarios, opresores y oprimidos, ricos y pobres-. Hoy es muy potente la idea de los de abajo y los de arriba, que resulta muy clara como construcción teórica. ¿Qué es el abajo y qué es el arriba? ¿Cómo piensa cada cual? Otro aspecto importante en los territorios es la necesidad de asistencia...

¿Las prácticas en los territorios tienen necesidad de la asistencia?

Claro que sí, si vas a un territorio es porque tenés algo que te conmueve. Me refiero al voluntariado, y desde ahí la acción de asistir. ¿Cómo hacer para trabajar en educación popular y en concienciación y a su vez no estar ajenos al sufrimiento económico de la gente? Es necesario equilibrar estos dos aspectos.

La asistencia es un derecho cuando se trabaja sobre la reproducción misma de la existencia de la gente

Sí, pero asistencia con conciencia. Hoy el territorio ofrece un montón de variantes y variables totalmente distintas a las que nosotros pensábamos hace un tiempo, hay que estar atentos para captarlas y potenciarlas.

¿Qué es lo que hace hoy que una comunidad sea un territorio y no un barrio, qué cosas se tienen en cuenta cuando uno ingresa?

El territorio es identidad. No es casual que ocurra en las grandes urbes. Si tomamos por ejemplo los “Barrios ciudades” de Córdoba, veremos que todos sus habitantes quieren volver a su lugar original, porque con el traslado les rompieron la identidad. Lo cual es gravísimo. No importa que haya más confort en las viviendas.

¿O sea que en el territorio, una de las potencias que aparece es que construye identidades en los sujetos?

Absolutamente. Recuerdo que en un encuentro en “la escuelita”, comencé a preguntar sobre el origen, y el 80% descendía de pueblos originarios y no lo sabían o no lo tenían tan presente. Es notable nuestra necesidad de dejar de ser indios, de dejar de ser negros, dejar de ser mapuche, de ser... Es el capitalismo feroz, y feroz en el no respeto a la vida, a la gente, a los de abajo, a la cultura. Por eso cuando los

intelectuales hablamos de la colonización, o pos-colonización, yo sostengo que hay que trascender lo que dicen los libros, para vivenciar y escuchar qué dicen los habitantes sobre sus propios asuntos. Es peligroso transportar nuestras ideas burguesas a los sectores populares sin procesos de toma de conciencia. Y el territorio, en algún punto es una moda, está de moda esa palabra. Nosotros le decíamos sectores populares, después empezaron a decir sectores empobrecidos, siempre los intelectuales vamos clasificando a los pobres pero ellos siguen siendo iguales, son los de abajo.

Posiblemente otro de los desafíos tenga que ver con los sentidos que le damos a la palabra "territorio". Hoy uno encuentra, como vos señalabas, prácticas que son financiadas por organismos multinacionales de crédito a otros grupos más bien minúsculos que hacen trabajo también en favor de los de abajo. Ambos citan la palabra territorio. Entonces, es una moda pero que se sigue mucho desde sectores muy distintos entre sí...

Antes era barrio. Yo creo que los traslados violentos de las villas le quitó fuerza al concepto de barrio, que fue reemplazado por el de territorio. En verdad, yo no pelearía por los nombres, yo quiero pelear donde está la gente. Entonces sí adquiere sentido la expresión de trabajar de abajo para arriba, con la gente y no para la gente. Me parece que si vamos a llevar estudiantes a un territorio, deben ir con claridad sobre qué van a hacer. Porque si se trata sólo de una práctica para aprobar la materia, mejor que no vayan. Los pibes que viven en los territorios se encariñan mucho con quienes van de afuera. Entonces, la presencia tiene sentido si luego de la práctica se quedan trabajando, si le dan alguna continuidad y profundizan el trabajo. Es necesario avanzar creando prácticas barriales que perduren, y que los jóvenes que allí se insertan lo hagan con historia y con futuro de esperanza.

Sostener prácticas académicas que se mantengan en el tiempo más allá de los actores externos...

Sí, sería interesante porque crecerían mucho los trabajos territoriales. Para mí sería fascinante pero para eso los estudiantes tienen que saber que va a ir ahí para aprender, no para sacarse una materia, que no necesita recibirse rápido y sin saber nada. Que tienen que ser serios en el estudio, que hay valores que ya no están en la Universidad en general y que habría que tratar de reconstituirlos y discutirlos.

Hablaste de la ética y de la ideología, de las modas de formación, de cómo

se acallan algunas voces críticas vinculadas al conflicto. ¿Vos tendrías alguna reflexión al respecto, de cómo colaborar para que el conflicto no se disminuya, no quede atenuado en los territorios?

Nosotros hemos aprendido después de mucho tiempo, y aprendemos del trabajo territorial que hacemos. Es necesario ser estudiosos, pero estudiosos en el sentido popular. Hay que ser todo lo eficaces que se pueda, que no es lo mismo que eficientes, como exige el sistema capitalista. Eficaces significa “decir y hacer”. Cuando vamos al territorio, ¿cuál es la pregunta? La pregunta fundamental es: ¿Qué problema tienen? ¿Cómo lo ven ustedes? En todo tiempo y lugar, la pregunta disparadora del conflicto, es la pregunta por el problema. Y a veces nos encontramos con respuestas desgarradoras. Y emprendemos una lucha que siempre es despareja. Para crear conciencia es necesario crear organización a partir de conceptos de educación popular, lo cual permite que los sujetos vayan construyendo su autonomía. Pero hoy resulta muy difícil por el propio tema de los recursos que manejan las organizaciones y movimientos sociales, que está rompiendo todo tipo de organización y generando dependencia política de las organizaciones. Así se pierde autonomía y eso, además de peligroso, es doloroso.

La institución política de alguna manera destruye la política, la institución escolar destruye el conocimiento, la institución familiar destruye el amor, la institución religiosa destruye el prójimo y el amor y la solidaridad.

Tato, ¿hay algo que te haya quedado resonando, que vos sientas que falta completar en relación a los conceptos que has venido reflexionando?

Creo que mucho de lo que he expresado es obviamente discutible, y sería muy bueno armar debates alrededor por ejemplo del concepto de democracia restringida que estamos viviendo, si seguimos apostando a este tipo de organización de partidos políticos y con todo el entramado que generan en los propios territorios; en definitiva si vamos a seguir apostando a las instituciones capitalistas. La institución política de alguna manera destruye la política, la institución escolar destruye el conocimiento, la institución familiar destruye el amor, la institución religiosa destruye el prójimo y el amor y la solidaridad. Vale la pena pensarlo, y no en términos individuales sino colectivos.

Muchas gracias, Tato

Por nada, espero aportar a las preguntas fundamentales. Es necesario.

*** Javier Sueldo**

Argentino. Licenciado en Trabajo Social. Docente e Investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Desarrolla hace más de 10 años acciones profesionales vinculadas a organizaciones territoriales de la Ciudad de Córdoba. Actual Vice-Presidente del Colegio de Profesionales en Servicio Social de la Provincia de Córdoba.

